

viven sin problemas:

EL HILADOR

que trabaja con fibra de calidad sin problemas de importación.

EL TEJEDOR

que programa su fabricación sin irregularidades de suministro.

EL ACABADOR

que recibe géneros fabricados con materia de características constantes.

EL CONFECCIONISTA

que fabrica sus prendas con tejidos de calidad homologada.

EL DETALLISTA

que cuenta con existencias regulares de artículos nuevos y atractivos.

EL PUBLICO

que disfruta de todas las óptimas cualidades de la fibra acrílica española.

porque utilizan

crilenka[®]

FIBRA ACRILICA

IBERENKA S.A. - BARCELONA - CP

Solicite información a: **IBERENKA S.A.**

Apartado Postal 1930 - Barcelona.

NADIE puede figurarse hasta qué punto ha influido en la moral católica un concepto de la propiedad completamente pagano; y por tanto esencialmente egoísta, porque estaba basado en un sentido individual y egocéntrico de la vida.

Los mismos moralistas, que alardeaban de teólogos, y sirvieron para la formación «segura» de las conciencias de quienes habían de dirigirnos espiritualmente, han sido los menos perspicaces para comprender el esfuerzo real —aunque tímido— de los Papas. Estos autoritarios teólogos se quedaron muy por detrás de los Pontífices; tardaron demasiados años en asimilar el sentido social que debe tener siempre, para un cristiano, cualquier régimen de propiedad.

Basta comparar la enseñanza moral usual en los seminarios sobre el tema de la propiedad y la justicia, al tiempo —y aún bastantes años después— de publicar el Papa una encíclica para ver su desfase (léase la *Rerum Novarum* de 1891; la *Quadragesimo Anno* de

HACIA UNA C

1931; el discurso de septiembre de 1944 de Pío XII; o la *Mater et Magistra* de Juan XXIII). Así veremos la falta de «seguridad» de esas enseñanzas, que se nos ha dicho que eran el colmo de la ortodoxia.

Siempre lo mismo: la formación usual, la de base, que recibe un sacerdote, y que servirá de tejido de fondo a toda su acción educadora con el pueblo, está compuesta, la mayor parte de las veces, de pasos hacia atrás en el terreno del pensamiento o de la orientación moral. Y cuando aflora una enseñanza más abierta de la Iglesia oficial, ya se encargan inmediatamente algunos de esos hombres sesudos que nos enseñan la moral, de hacernos ver que los Papas dicen mucho menos de lo que parece a primera vista; y que su doctrina apenas sufre evolución, porque en sus mentes es más bien un agua estancada en pasiva tranquilidad mental. Así el clero tiene que hacer muchas veces un esfuerzo inhumano para poder superar —con postura no exenta de heroísmo a veces— estas actitudes retrógradas, que son las únicas que aprendieron.

Triste labor, y de pésimas consecuencias para el cristianismo, la de estos «maestros» que tanto procuran «aguar» todas las ideas y directrices de la Iglesia, para que, al final, nunca se avance suficientemente. Siempre olvidando «el principio —tan oportunamente recordado por Pablo VI— del progreso de la justicia social».

CUANDO se habla de los comunistas (sin olvidar lo que sus doctrinas tienen de anti-religioso) nos cuesta trabajo aceptar que la única norma es la de Juan XXIII cuando dijo: «Son los enemigos de la Iglesia; pero, recordad, sin embargo, que la Iglesia no tiene enemigos». Esta es la postura cristiana: inteligente para conocer la verdad, y comprensiva con las personas al mismo tiempo; y no, como es de norma frecuente, el adoptar una actitud negativa y solo «anti», viendo en el interlocutor un contradictor en potencia, o un enemigo oculto.

En realidad este etiquetar todas las cosas es una cómoda salida para no hacer nada eficaz en pro de la justicia, perdiendo nuestro

tiempo en oponernos orgullosamente unos a otros. Como decía un pastor protestante brasileño, colaborador de la campaña de la justicia social emprendida por el valiente Arzobispo de Recife, Monseñor Helder Camara: «Es muy socorrido presentar como comunistas a todos los que emprenden la defensa del pobre».

Esta es la clave de la grave divergencia surgida en el Nordeste del Brasil entre obispos y autoridad civil. Cuando ésta última se puso contra las conclusiones de la Acción Católica Obrera y Rural, no pudo el episcopado de la región por menos que avalar con su autoridad moral, su postura de seglares conscientes de la injusticia reinante.

Esos obispos, con su valentía y falta de concesiones al poder, dieron muestras de la única actitud digna que corresponde a un dirigente de la Iglesia, que nunca puede ni debe estar mediatizado por concesiones ni privilegios, sino que debe ser guiado por la in-

Pero, en seguida, los censores obligados de la ortodoxia intervienen para frenar todo avance social. Un escritor católico francés, bien significado, Louis Salleron, se opone con energía digna de mejor empleo, criticando —incluso con displicente ironía, única arma ideológica de muchos integristas... diciendo tajantemente: «La propiedad es la fuente del poder económico».

Así de claro, aunque los Papas vayan por otro camino; y aunque la conciencia cristiana sea la más llamada a vencer las tentaciones de todo materialismo grosero, basado en la fuerza puramente mecánica de la materia o en el egoísmo de los hombres.

Juan XXIII había expresado: «El carácter preminente del trabajo, como expresión inmediata de la persona, frente al capital que es un bien instrumental por su naturaleza». Esto abre unas perspectivas de cambio de las estructuras de la sociedad, hoy basada en el orden inverso —primero el capital y luego el trabajo—, que desgra-

CIVILIZACIÓN DEL TRABAJO

justicia con el oprimido social o político, llámese obrero o ciudadano. En ese caso, como en otros, «la Iglesia no ha tenido miedo a descender de la esfera religiosa, que es la suya propia, al terreno de las condiciones concretas de la vida social» (Pablo VI).

Los 16 obispos del Nordeste del Brasil proclamaron algo que debe ser esencial a la doctrina católica actual, y de grandes e imprevisibles consecuencias para el porvenir: «Proclamamos con el Concilio que el trabajo de los hombres, en valor y dignidad, supera otros elementos de la vida económica, y reconocemos que no puede haber desarrollo ni promoción allí donde el hombre no tiene el primer lugar».

Estamos entrando, pese a quien pese, en una nueva civilización: la *civilización del trabajo*.

II ASTA la Asociación de jóvenes Patronos franceses acepta, en principio, esta realidad.

Su gran mentor intelectual, el profesor Bloch-Lainé, lo afirma valientemente. Lo que es preciso favorecer es el nacimiento y desarrollo de la «democracia industrial».

Hasta ahora la democracia había quedado en una idea política vaga, por su generalidad poco concreta. Pero hoy queremos los hombres aceptar sólo lo que vemos claro y concreto: lo demás produce en nosotros desconfianza. Así cuando la idea democrática se presente con aportaciones positivas y prácticas en los diferentes órdenes de la vida, crearán los hombres de verdad que es el camino que satisface nuestras radicales ansias de justicia y bienestar para el mundo, a través del respeto y promoción personal de todos los hombres. Las bonitas frases, ya no nos atraen ni nos impresionan: caminos reales es lo que necesitamos. Y ahí, en esa idea de la *democracia industrial*, propugnada en algunos países del Este y del Oeste, tenemos un camino a considerar, quizá todavía parcial, tímido e insatisfactorio, porque no aborda con suficiente valentía el proceso de *socialización* del mundo; pero mejor desde luego que lo existente hasta ahora en Occidente.

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

ciadamente casi ningún promotor de todo retrogradismo y conservadurismo está dispuesto a aceptar.

I A verdad es que el hombre actual tiene el anhelo de llegar —como dice el profesor Etienne Borne— a cumplir un derecho que no se ha satisfecho hasta el momento presente: el de organizarse en una civilización que no sea ya la del capital, sino la del trabajo intelectual y manual, porque ambos son creadores —por sí mismos— de la personalidad humana, y ésta no puede estar enajenada por ningún otro valor inferior, como pasa ahora.

«Tenemos derecho —dice este pensador católico— a esperar que el espíritu haya de instaurar una civilización del trabajo, que sea al propio tiempo una civilización de la libertad». El trabajo en vez de ser una atadura a otros será, en el futuro, un esfuerzo en común hacia la liberación de la persona humana.

Hoy, tenemos que reconocer con tristeza que «el trabajo no ocupa en la sociedad el lugar que le corresponde en justicia». Y, desde luego, no nos liberaremos de esta situación «con reformas empíricas que no afectan a la estructura misma de la sociedad» (E. Borne).

El trabajo productivo no ha estado en la historia humana en el lugar que le correspondería. Durante casi toda ella ha sido mal visto, y considerado como algo inferior y poco noble; así reconocemos lo poco que influyó la idea cristiana del hombre, en lo que se llamó civilización cristiana por autonomasia: la Edad Media.

Sólo en la Edad Contemporánea nos hemos liberado de prejuicios, y empezamos a considerar el trabajo en su justo sitio; pero normalmente esto no ha pasado del campo de la teoría, porque la esencia egoísta y feudal del señor —transplantada a toda figura de amo o patrono, grande o pequeño— no ha sido todavía superada, sino que está sólo comenzando a ponerse en cuestión.